

# Afganistán: ¿Comodín petrolero de Washington?

Milko Luis González Silva

HISTÓRICAMENTE ESTRATÉGICO y “centro de gravedad” de la estabilidad de distintos imperios a lo largo de la evolución de la civilización en el continente asiático, Afganistán también ha sido pieza clave en la dinámica geoestratégica de imperios modernos como el ruso y el británico en el siglo XIX y, más cercanamente, del estadounidense en el ocaso del siglo XX y los albores del XXI. Los acontecimientos del 11 de septiembre del año 2001 en Nueva York y Washington, aparentemente sirvieron como catalizadores para la reestructuración del orden global, a 10 años del fin de la era bipolar y la guerra fría y, a su vez, para el desarrollo de proyectos estadounidenses en pro de la consolidación de su presencia en Asia Central y el acceso a los recursos energéticos del Mar Caspio.

## AFGANISTÁN: HISTÓRICAMENTE CLAVE

Una historia mítica, que trata sobre la creación divina de Afganistán, señala que “cuando Alá hizo al resto del mundo vio que había quedado un montón de desechos, fragmentos, trozos y restos que no encajaban en ninguna otra parte. Tras reunirlos, los arrojó a la tierra y eso fue Afganistán” (Rashid: 2001, 28). Sumamente complejo en su geografía y en sus composiciones étnica y cultural, el territorio de Afganistán ha sido históricamente importante para el tráfico de personas, mercancías e ideas desde lo largo y ancho del continente asiático hasta Europa y África. La posición de Afganistán, lugar de paso obligado de los movimientos migratorios de los pueblos asiáticos, ha determinado el carácter heterogéneo y étnicamente compuesto de su población.

Ubicado en el Asia Sudoccidental, el territorio afgano alberga unos seis grandes grupos étnicos –pashtún, tagik, hazara, turcomanos, kafires, persas, turcos, y al menos veinte lenguas y dialectos de uso mayoritario. Esta heterogeneidad étnico-cultural, aunada a la complejidad geográfica y la dificultad de las comunicaciones, ha sido de los principales factores obstaculizantes para la consolidación de la nación afgana. En su parte norte el país limita con tres repúblicas musulmanas ex soviéticas (Turmenistán, Uzbekistán y Tadjikistán). Sus fronteras al este y al sur las comparte con Pakistán, mientras que al oeste su territorio encuentra final con Irán. En el caso de sus límites con Asia Central, estos encontraron una primera demarcación

en 1780 cuando los durrani, uno de las principales ramas de la etnia pashtún, firmaron un tratado con el emir de Bujara, principal dirigente de la región, quien designó al río Oxus (hoy Amu Daria), como la frontera entre Asia Central y el nuevo estado pashtún de Afganistán. Posteriormente, en 1885, la Rusia zarista, toda vez que controlaba los territorios centro asiáticos, celebraría nuevos acuerdos que ratificarían las fronteras históricas de Asia Central con Afganistán.

Con una superficie de aproximadamente unos 652.090 km<sup>2</sup>, este país está ocupado en su mayor parte por la alta montaña: aproximadamente la mitad del territorio nacional es de una altitud superior a los 1.800 metros sobre el nivel del mar; algunas cimas del sistema montañoso del Hindu Kush, el más grande y complejo de todos, alcanzan los 6.000 metros. En el Nuristan y en el Wakhan, las regiones del sector nororiental (Badakhshan), en donde se alzan las cumbres del Hindu Kush, las nieves perpetuas son habituales. Dada la naturaleza geográfica del país en la cual privan los sistemas montañosos abruptos, cortados por profundos valles e impetuosos torrentes, las comunicaciones han podido desarrollarse, precariamente, a través de pasos situados a 1.000 y 2.000 metros de altura. (VVAA, 1973: 299). La conformación topográfica ha dificultado históricamente las comunicaciones interétnicas fluidas. Todavía existen apartadas regiones donde grupos étnicos minoritarios practican la vida nómada y viven aislados de los centros urbanos más importantes como Kabul, la capital; Kandahar, Herat, Ghazni, Maimana o Mazar-i-Sharif, capital del turquestán afgano.

Geográficamente estratégico desde tiempos inmemoriales, el territorio de Afganistán fue parte de la llamada "ruta de la seda" por la cual se llevaba a cabo el intercambio comercial entre China o Catay -nombre antiguo de ésta- y la Europa Medieval. La ruta estaba delineada a través de Asia Central y era frecuentada por las antiguas tribus nómadas, antecesoras de los actuales camioneros que hoy son instrumento del tráfico o contrabando de mercancías y drogas en toda la región de Asia Central. La ruta de la seda era recorrida por caravanas que podían agrupar hasta 6.000 camellos. La capacidad de carga de mercancías era similar a la un velero mercante de gran calado y tenía una rígida y disciplinada estructura de funcionamiento que implicaba un dirigente, un estado mayor, paradas obligadas y reglas de convivencia y seguridad ante la amenaza de los nómadas saqueadores (Braudel, 1993). El célebre Marco Polo dejó también correr sus pasos por aquellos sinuosos terrenos. Miembro de una prominente familia de mercaderes venecianos que comerciaba con productos venidos desde Asia en naves que atracaban e los puertos del Golfo Arabe-Pérsico, Marco Polo vivió 17 años en la corte del Gran Khan de los mongoles donde, producto del afecto que se ganó de éste, desempeñó cargos -incluso de gran importancia- en la administración de China. Una vez de regreso a Italia, cayó, poco tiempo después, prisionero de los genoveses, enemigos comerciales de los venecianos en las riberas del Mar Negro. Para mitigar el

aburrimiento del cautiverio se dedicó a dictar sus memorias acerca de las riquezas y maravillas que había visto.

Bastante lejos ya de las nostalgias de Marco Polo por la deslumbrante Asia, en el Afganistán de hoy la actividad del contrabando, la cual cobró fuerza durante el régimen de los Talibán (1996-2001), ha contribuido notablemente con las distorsiones y problemáticas de las economías de países vecinos como Pakistán – principal mentor de los Talibán hasta el 11 de septiembre de 2001– e Irán. También para las repúblicas ex soviéticas de Asia Central –Turmenistán, Kazajistán y Kirguistán– la relativamente corta estancia de los Talibán en el poder tuvo consecuencias negativas con la agudización del contrabando a través de sus fronteras. A parte de los ingresos provenientes de las asistencias que recibían de Pakistán y Arabia Saudí, los Talibán tenían entre sus principales fuentes de ingreso los “impuestos” que cobraban a los agricultores que cultivaban la adormidera –de donde se obtiene el opio y, por consecuencia, la heroína– y a las mafias de camioneros que llevan a cabo el contrabando en Asia Central.

Pero la importancia de Afganistán trasciende la complejidad del contrabando de mercancías y drogas en la contemporaneidad, e incluso, la importante dinámica que para Europa representó el intercambio de bienes, descubrimientos científicos e ideas con el lejano oriente a través de la ruta de la seda. El territorio afgano, fue el cruce de caminos de Asia donde convergieron y libraron contradicciones dos grandes oleadas civilizatorias: los imperios persas, más urbanos, al oeste y los imperios turcos nómadas, al norte en Asia Central. La historia de este territorio es una de sucesivas invasiones de diversos grupos étnicos muchos de los cuales, como se señaló, han dejado su huella en la heterogénea composición humana y cultural del país. Encrucijada entre Asia Central, Medio Oriente y Lejano Oriente, en el año 329 a.C. las tropas macedonias del Alejandro Magno conquistaron Afganistán camino a la toma de la India. Previamente se habían alzado con Asia Central. Una civilización greco-budista floreció de aquel episodio en las montañas del Hindu Kush; única fusión entre culturas europea y asiática que registra la historia.

Posteriormente, hacia el año 654 d.C., aproximadamente 44 años después de la muerte del Profeta Mahoma, la primera oleada expansiva de los árabes y el Islam tarjo entre sus consecuencias la ocupación árabe de toda la península arábiga y de buena parte de los territorios de Asia Central junto con las actuales tierras afganas. A partir de aquel momento la religión del Islam se entronizó, hasta nuestros días,, con sus diversas expresiones y sectas, como la predominante en toda la región. Con la dinastía Samínida (874-999 d.C.), florecerían prolíficamente las artes y las letras, las cuales cobrarían un notable debilitamiento durante el posterior período de la dinastía ghaznavid (997-1186 d.C.).

Asimismo el territorio de Afganistán no quedaría exento de las conquistas del legendario Gengis Khan, fundador del primer imperio mongol, quien en

1219 tomó la región. El legado mongol aún está vigente en uno de los grupos étnicos, los hazaras, de habla persa, quienes evidencia en sus rasgos la herencia mongola. Estos ocupan las tierras centrales del país. La población hazara se estima actualmente en unos 3 ó 4 millones de personas. Constituyen el mayor grupo musulmán chiíta en Afganistán. En el siglo XIV, Taimar o Tamerlán, como se le conoce en Occidente, quien era descendiente de Gengis Khan, creó un imperio uniendo la actual Rusia y la antigua Persia. Después de establecer inicialmente la capital en Samarcanda, actual Uzbequistán, invadió Herat -al oeste, frontera con el Irán- en 1381. Su hijo, Sha Ruj, mudó en 1405 la capital del imperio para esa ciudad. Un siglo después, Afganistán pasaría al control de la dinastía persa safávida.

No obstante a la larga lista de invasores, la totalidad de la historia afgana no está signada por la ocupación. Durante los siglos XV, XVI y XVII las tribus afganas, "curtidas" por las numerosas mezclas étnicas, tomaron la India. La dinastía Lodhi gobernó desde 1451 hasta 1526. Ya en 1500, Babur, descendiente de Taimar, había conquistado Kabul, actual capital afgana, y en 1504 se haría con Delhi. Esta dinastía, gobernaría la India hasta la llegada de los británicos en el siglo XIX.

Hacia 1709, Mir Wais, jefe de la tribu hotaki de los pashtunes ghilzai de Kandahar, se reveló contra el Sha safávida para evitar, en parte, los intentos del sha de convertir a los pashtunes sunníes en shiítas. Poco después, el hijo de Wais, derrotó a los safávidas conquistando el Irán. No obstante, los afganos fueron expulsados en 1729.

En una coyuntura histórica singular, producto del debilitamiento tribal de los ghilzai, se celebró en 1747 una *loya jirga* -reunión de jefes tribales-, con la concurrencia de las tribus pashtunes, la cual estableció una suerte de confederación tribal y nombró como rey al Sha Abdalí Ahmad. La elección del rey afgano por la vía censitaria extinguía la posibilidad de las monarquías hereditarias. La legitimidad del rey partía del consejo tribal. Para 1761 Ahmad, habiendo derrotado a los Mahrattas hindúes y capturado el trono de Delhi y Cahemira, constituyó el primer imperio afgano. Ahmad es considerado el padre de la nación afgana.

Gobernado durante más de doscientos años por clanes pashtunes durrani -antes llamados abdalíes-, hasta la caída del rey Zahir en 1973, Afganistán debió contener a fines del siglo XIX la presión de dos nuevos imperios: Rusia e Inglaterra. La rivalidad entre los dos imperios, conocida históricamente como el "Gran Juego". Temerosos de la expansión rusa en Asia Central y de la amenaza que ésta representaba para la nascente hegemonía británica en la India, los ingleses hicieron grandes esfuerzos por mantener el control sobre Afganistán. Inicialmente, trataron de someter por la fuerza a los afganos. Ante la resistencia de la cual fueron objeto, optaron por sobornar a los jefes tribales con obsequios en metálico y especias. Convertido en Estado clientelar de Londres, Afganistán sirvió durante décadas como "amortiguador" entre los dos poderes: Rusia e Inglaterra.

Ambas potencias libraron una guerra subrepticia de apoyos clandestinos a tribus afganas. No obstante, las maniobras británica rindieron mejores frutos y

mantuvieron, a diferencia de los rusos, mejores resultados de la manipulación que hacían de los jefes tribales. La conquista inglesa del noroeste de la India contribuyó considerablemente al debilitamiento de la mayoría pashtún. La línea Durand, frontera formal establecida por Londres para separar a la India británica de Afganistán en 1893, separó en territorios bajo dominación distinta a las tribus pashtun. A este hecho se sumaron los conflictos intestinos entre los pashtunes, lo cual imposibilitaba la consolidación del Estado afgano y facilitaba la mediatización británica.

Por su parte los rusos no pudieron aumentar su influencia sino hasta la segunda parte del siglo XX cuando el rey Sahir Sha fue destronado en 1973, por su primo y cuñado Sardar Mohammed Daud, quien había gobernado desde 1933, Zahir fue obligado a exiliarse en Roma, Italia, y de allí en adelante al menos tres presidentes de convicciones ideológicas comunistas gobernaron el país, corriendo todos dramáticos finales que implicaron sus asesinatos.

La invasión soviética a Afganistán, en diciembre de 1979, rompió el periodo de distensión que había privado durante buena parte de la década de los setenta entre Washington y Moscú. Afganistán, empujada por los soviéticos al centro de la guerra fría, volvía a cobrar una importancia estratégica para dos potencias en confrontación, tal y como había ocurrido a finales del siglo XIX y principios del XX entre Rusia e Inglaterra. Con la misma preocupación histórica y medular de los británicos, Washington veía en la expansión soviética por Asia Central y Sudoccidental una amenaza a su hegemonía en el Medio Oriente. Pese a que con la muerte de Abdel Gamar Nasser, en 1970, mermaron considerablemente las aparentes posibilidades de penetración soviéticas en Oriente Medio, Moscú esperaba instalarse en Afganistán y, reafirmando su hegemonía en Asia Central, poder elaborar nuevas maniobras de proyección geoestratégica sobre Irán y el Golfo Arabe-Pérsico.

En efecto, los soviéticos ocuparon el territorio afgano pero esto a su vez vino acompañado del apoyo de los Estados Unidos (EE.UU.), Arabia Saudita y otros países árabes, China -a quien tampoco le interesaba la expansión soviética en Asia- y Pakistán a los grupos pro islámicos cuyos combatientes se conocieron como Muyahidín (combatientes islámicos).

Durante años y hasta 1989, los Muyahidín -muchos de los cuales serían fundadores y líderes del movimiento talibán-, fueron financiados por la CIA, el ISI (servicio secreto de inteligencia) pakistani y el servicio secreto saudí. Situación que se repetiría con los Talibán y lo cual permitiría el ascenso de éstos. La simpatía inicial de los saudita y los estadounidenses hacia los Talibán, estaba basada en la radical oposición que éstos hacían desde sus comienzos a Irán. La condición de radicales sunnites de los Talibán se contraponía, teóricamente, al radicalismo shiíta de Teherán.

Finalmente el apoyo occidental y árabe a los muyahidín afganos, sumado compleja transformación de la Unión Soviética a partir del asenso al poder de

Mijail Gorbachov, conllevó a la salida rusa de Afganistán en 1989. En aquel momento el país abandonaba con “honor” la ya feneciente guerra fría y se convertía en objeto de nuevas ambiciones que se agudizarían con la desmembración de la Unión Soviética y la consecuente independencia de las repúblicas soviéticas musulmanas de Asia Central. Una nueva carrera mundial por el petróleo estaba a punto de comenzar.

En medio de la nueva dinámica en Asia Central estaría en adelante las reservas de hidrocarburos del Mar Caspio –aun por confirmarse sus dimensiones– y las limitaciones que en materia de explotación y transporte pesan sobre ellas, dada la carencia de una salida al mar del Caspio. Justo en el centro de esa nueva “ecuación” petrolera que se abría en la zona ha estado Afganistán, al cual se le considera entre las potenciales vías de exportación de los recursos hidrocarburíferos de Asia Central hacia los mercados de Europa y del sudeste asiático.

En este nuevo Gran Juego, la participación estadounidense resulta notable dado los intereses energéticos que tiene en la región. Para los EE.UU. y sus principales socios comerciales– el petróleo y el gas del Mar Caspio, de países aledaños como Kirguistán o Uzbekistán y los recursos aun vírgenes del Afganistán mismo, representan una nueva alternativa en sus aspiraciones de diversificación de sus fuentes de suministro más allá del Medio Oriente, sus vecinos –Canadá y México– y Venezuela.

#### *El 11 de septiembre, Bush y sus fantasmas domésticos*

La respuesta militar de los EE.UU. en contra del régimen Talibán, producto de la protección de éstos a Osama Bin Laden, pareciera haber obedecido, en parte, a la necesidad del Presidente George W. Bush de salvaguardar su futuro político y podría obedecer a su vez, en el plano global, al trazado de una política exterior orientada hacia la consecución de los objetivos energéticos de los EE.UU. en Asia Central. No obstante, caben pocas dudas acerca de la notable incidencia que la política estadounidense en Medio Oriente tiene con relación a esta coyuntura.

En el plano doméstico, la actitud del gobierno estadounidense pareciera querer corresponder al sentimiento revanchista de buena parte de la sociedad de ese país. Da la impresión de que Bush intenta con la acción militar en Afganistán, no solamente responder a los ataques del 11 de septiembre en el plano de las relaciones globales, sino también en el plano doméstico. Sobre él todavía pesa la sombra de la inconsistencia e ilegitimidad de su elección. Situación que ha cambiado mucho a su favor a propósito de la actuación estadounidense en Afganistán. Aun cuando todavía las fuerzas armadas y los servicios de inteligencia no cumplen con su supuesto principal objetivo: atrapar a Bin Laden, el hecho de que en lo que va de campaña se hallan registrado pocas bajas a legitimado la intervención y la figura de Bush como Presidente. Al parecer esta crisis le abrió la

puerta para intentar atenuar su oscuro pasado electoral, reivindicando el "orgullo" estadounidense a costa de un enemigo tan difuso como escurridizo.

La actual coyuntura bélica ha dejado de lado, y fuera del foco de la atención de la sociedad estadounidense -y de la del mundo- las ya numerosas contradicciones, tanto en el plano doméstico como internacional, que causó Bush en sus primeros meses de gobierno. La negativa de éste a suscribir el Protocolo de Kioto (1997) y su insistencia al establecimiento del escudo antimisiles, en detrimento del tratado ABM (1972) firmado con la ex Unión Soviética para la contención de la carrera de las armas de destrucción masiva, fueron de los temas que en el plano internacional se cuestionó a la postura del gobierno estadounidense. A esto debe sumársele el desprendimiento y el desinterés que la actual administración republicana ha mostrado con relación a la resolución del conflicto árabe-israelí. La falta de presión política por parte de Washington sobre Israel por la consecución de la paz con los palestinos y la ausencia de cuestionamientos a los excesos de TelAviv en cuanto sus respuestas militares a la agresión palestina, ha dejado mucho que desear y han contribuido a la exacerbación de ánimos en sectores árabes y musulmanes.

No podría decirse que los ataques terroristas a Washington y Nueva York fueron propiciados expresamente por la actitud del gobierno de Bush con relación al conflicto palestino- israelí, pero tampoco debería descartarse la idea de una condición catalizadora por parte de la misma. En su defecto, la postura del gobierno estadounidense en los últimos meses en lo que a la disputa entre judíos y palestinos se refiere, pudo haber contribuido a consolidar el sentimiento anti estadounidense de los terroristas y reafirmar el compromiso con las tareas que adelantaban y con la causa a la cual decidieron adherirse. No es sino a partir de la necesidad de intervenir militarmente en Afganistán, cuando EEUU reubica dentro de las prioridades de su agenda exterior la situación en el Medio Oriente. Asimismo utiliza como instrumento de persuasión para obtener el apoyo árabe para al atacar a los Taliban, el reconocimiento de la necesidad de impulsar, finalmente, la creación del Estado Palestino. No obstante, no se manifiesta a favor de la devolución inmediata, por parte de Israel, de los territorios palestinos ocupados desde 1967.

En el ámbito doméstico, antes de la crisis propiciada por los ataques terroristas, Bush también enfrentaba importantes cuestionamientos acerca de su voluntad de intensificar las actividades exploratorias y de explotación petrolera en el refugio de vida salvaje en Alaska, en el marco de plan de reestructuración de la política energética de Washington. El plan energético, como se le conoce al voluminoso documento, ya recibió en la totalidad de su contenido la aprobación de la Cámara de Representantes del Congreso estadounidense y espera por la aceptación de la Cámara del Senado. La presente crisis internacional, podría retrasar estas deliberaciones por varios meses. El plan energético propone un conjunto de alternativas y cursos de acción político-técnicos para reducir la dependencia energética de EEUU, especialmente petrolera, del abastecimiento externo.

Lo cierto es que una vez que haya pasado lo grueso de la coyuntura actual, seguramente el asunto de Alaska saldrá nuevamente a la luz y, finalmente, se materializará la agudización de acciones petroleras en la ecológicamente sensible zona de Alaska. Podría Bush tener que correr con un importante costo político, el cual podría ser de peso en sus aspiraciones de reelección. Sin embargo, el éxito de la campaña militar en Afganistán, podría embriagar a buena parte de la sociedad estadounidense, neutralizándose así los efectos perniciosos que sobre la imagen de Bush tendría intensificar finalmente la actividad petrolera en Alaska.

A las consideraciones antes señaladas, habrá que sumarle la revisión de los niveles de recuperación que para momentos de la reelección haya experimentado la economía estadounidense. Si Bush no logra la recuperación convincente de la economía de los EEUU en los próximos 3 años, lo tendríamos frente a un futuro escenario electoral bastante adverso para él. A esto podrían sumarse errores en el manejo de la política exterior, especialmente en el conflicto palestino-israelí. El presidente estadounidense ha hecho importantes esfuerzos en los últimos meses para que la situación económica de los EEUU supere el estado recesivo. De no lograr este gobierno republicano recuperar la prosperidad material del país, cualquier crédito político o militar ante el electorado podría verse empañado sustancialmente por la incapacidad en la conducción de la economía. Algo similar a lo que le ocurrió a su padre que lo llevó a la pérdida de la reelección ante Bill Clinton.

Por otro lado, la crisis actual pareciera haber abierto la posibilidad de que Bush, atendiendo a las expectativas de parte de la sociedad estadounidense, intente ganar, como se señaló, legitimidad sobre su estadía en la presidencia. La ausencia de respuesta militar por parte del gobierno actual estadounidense, posiblemente le habría acarreado un costo político importante con importantes repercusiones electorales. No obstante, cabe destacar que aun cuando parte de la sociedad estadounidense podría haber estado exigiendo la identificación de culpables y clamando retaliaciones militares, también están esperando que estas se adelanten sin la pérdida de vidas humanas. La importante cantidad de muertos que arrojó en su oportunidad la guerra de Vietnam y el impacto psicológico que causó en la sociedad estadounidense la televisación de la misma, generó importantes traumas que todavía hoy día tienen vigencia. Un efecto similar en la psiquis colectiva del pueblo estadounidense tuvo la acción militar en Somalia durante el gobierno de Clinton. Es por ello que desde entonces las distintas administraciones que han tenido que afrontar acciones bélicas en el extranjero, tienen especial cuidado de maximizar los esfuerzos por preservar la vida de los soldados estadounidenses.

Podría decirse que los esfuerzos de Washington por el desarrollo de la tecnología militar para el desarrollo de acciones bélicas a distancia, después de 1975, no solamente responde a nuevos enfoques de cómo hacer la guerra desde el

punto de vista técnico, sino también desde la perspectiva sociopolítica bajo los condicionamientos del ámbito doméstico.

*Afganistán: ¿Comodín petrolero de Washington?*

Los acontecimientos del 11 de septiembre del año 2001, abrieron una oportunidad contundente para que los EE.UU. pudieran comenzar a materializar su proyecto de control sobre los recursos hidrocarburíferos de Asia Central, particularmente en la región del Mar Caspio. Justificado con la lucha contra el “terrorismo internacional”, Washington invadió Afganistán como parte de su estrategia para acceder y controlar –a través de las grandes corporaciones petroleras estadounidenses, europeas y asiáticas– la explotación petrolera en el Mar Caspio y zonas aledañas como las repúblicas musulmanas ex soviéticas de Tayikistán, Uzbekistán o Kirguistán, toda vez que las posibilidades lo permitan.

Aun cuando ya existe desde hace varios años presencia de corporaciones estadounidenses, y de otras nacionalidades, explotando hidrocarburos en la región del Caspio, la empresa conjunta Tenghiz-Chevoil, en Kazajstán, es la mayor inversión de capitales estadounidenses en Asia Central. Está formado el consorcio por las compañías Chevron, Exxon-Mobil y Arco; la participación estadounidense es del 72%. Asimismo existen importantes inversiones de corporaciones estadounidenses en Azerbaiyán. La Azerbaiyán Internacional Oil Company, aunque está encabezada por la British Petroleum, incluye las estadounidenses Amerada Hess, Exxon Mobil, Pennzoil y UNOCAL; asimismo participan otras empresas como la noruega Statoil, Itochu, Delates, Ramco, Socar y TPAO. La participación total estadounidense es de 24%.

No obstante, persisten importantes limitaciones que han dificultado la expansión sostenida y predecible de las actividades de extracción en la zona. A la inestabilidad política dentro de cada uno de los países que integran la zona y a la conflictividad presente en las relaciones entre sí, se suman los intereses estratégicos de importantes actores como Rusia, Irán, Turquía o los mismos EE.UU.

En este sentido, las administraciones estadounidenses de los últimos 10 años han sido renuentes a que las tuberías –oloducto/gasductos– para la exportación de los hidrocarburos del Mar Caspio y alrededores pasen a través de países como Rusia e Irán. En ambos casos EEUU considera, dadas sus relaciones antagónicas con ellos, que no son socios confiables para garantizar la regularidad y seguridad de los suministros energéticos que fluirían a través de sus territorios. Adicionalmente, la inestabilidad interna persistente en países como Rusia, con un notable conflicto con los chechenos, hace aun menos confiable su condición de territorio de tránsito.

Después de una década de contradicciones y tensiones por el asunto de las tuberías, Rusia continúa manteniendo el monopolio del transporte de

hidrocarburos en el Caspio. El oleoducto que va desde Bakú, en Azerbaiyán, al puerto ruso de Novorossik, en las costas del Mar Negro – construido por los soviéticos– sigue siendo la única vía existente y relativamente segura para la exportación del crudo y el gas de las región. Más aún, el gobierno ruso recientemente inauguró el oleoducto Tengiz-Novorossik, a través del cual exportará Kazajstán su petróleo. El reciente descubrimiento de un nuevo gran yacimiento en ese país, el de Kashagán, aumentará las potencialidades económicas del oleoducto. Todo esto contribuye a la consolidación del monopolio ruso sobre las rutas de los oleoductos, en detrimento de las aspiraciones de los EEUU e Irán. Este monopolio representa puntos de sustentación a la tradicional hegemonía rusa en Asia y Central y, a la vez, significa importantes ingresos fiscales pagados las compañías que hacen pasar su producción de hidrocarburos a través de la infraestructura rusa.

Las contradicciones entre los distintos actores que aspiran monopolizar, por una vía o por otra, la explotación hidrocarburífera en el Caspio, especialmente EEUU y Rusia, ha llevado a que estadounidenses y europeos ideen nuevas rutas que evadan Irán y Rusia. Una de esas potenciales rutas que ha explorado seriamente Washington es la propuesta por los europeos, que iría desde Turkmenistán hasta Bakú, y se empalmaría con un segundo tramo desde allí hasta el puerto turco de Ceyhan, en las costas del Mediterráneo. En el caso de esta ruta, dado sus costos, los EEUU esperaba convencer a Kazajstán y Uzbekistán para que también exportaran su producción a través de éste, con la intención de hacerlo rentable.

La lucha por el control sobre los recursos del Mar Caspio y sus alrededores y por el de los oleoductos recuerda el Gran Juego que, como se señaló, libraron el imperio ruso zarista y el británico por el control de vías de comunicación para el desarrollo de rutas comerciales y la contención del avance expansionista del otro. Dinámica similar –aunque ahora por recursos energéticos– fue la que estimuló el enfrentamiento entre Inglaterra, Francia y los EEUU después de la primera guerra mundial en el Medio Oriente y, posteriormente entre EE.UU. y la Unión Soviética después de la segunda guerra mundial y a lo largo de la Guerra Fría (Yerguin, 1992). La expresión de “Gran Juego”, en alusión al enfrentamiento anglo-ruso durante la última parte del siglo XIX y principios del XX en Asia Central, se le debe al escritor inglés Rudyard Kipling; mientras que la de “nuevo Gran Juego”, en referencia a la dinámica actual en la misma zona, fue acuñada por el periodista pakistaní Ahmed Rashid (1997).

Se evidencia entonces cómo sobre la región de Asia Central pesan no solamente los intereses de los países que conforman la región, incluyendo a Afganistán –quienes tienen sus propias prioridades, contradicciones y expectativas– sino también los de otros actores como Europa, Rusia, China, Turquía, Irán, Pakistán y, por supuesto, los EE.UU. Para Stan Golf, ex Sargento Jefe de las Fuerzas Especiales del ejército de los EE.UU. y autor del libro *Hideous Drem: A*

*soldier's Memoir of the U.S. Invasión of Haiti*, resulta motivo de atención que precisamente sea en este gobierno estadounidense cuando finalmente se materialice una intervención en Afganistán. Para Golf, las acciones militares de Washington en Afganistán estaban siendo programadas desde, al menos, 1995. La coyuntura del 11 de septiembre del año 2001 y la lucha contra el terrorismo internacional, solamente aporta una excusa "creíble" para justificar la intervención armada en ese país.

También resulta singular, la importancia que para la nueva administración estadounidense tiene el tema energético y, en especial, el petrolero. Tanto Bush padre como su hijo, el actual presidente estadounidense, y el Vicepresidente del país, Dick Cheney, tienen participación en negocios petroleros. Asimismo el secretario de Defensa, Ronald Rumsfeld, fue hasta hace poco ejecutivo de Searle Pharmaceuticals y conferenciante, junto a Cheney, en el Foro Ruso-Americano de líderes de negocios en mayo de 2000. El otro personaje de cuidado es el Secretario de Estado, Colin Powell, quien fue Jefe del Estado Mayor en tiempos de la presidencia de George Bush padre y coordinador de las acciones de la guerra que librara EEUU con Irak en 1991 por la invasión a Kuwait. También conoce con propiedad acerca de la geoestrategia energética estadounidense.

La nueva elite política estadounidense pareciera estar consustanciada con el hecho energético. Su pertenencia a este segmento de la dinámica económica y política mundial los hace más próximos a los intereses energéticos de los EEUU para sustentarse como potencia global; así como también las aspiraciones de lucro de los grandes consorcios petroleros estadounidenses a los cuales ellos mismos pertenecen. No en vano una de las principales iniciativas del gobierno de George W. Bush, fue la estructuración de un Plan Energético Nacional que tomara en cuenta la revisión de la situación energética de los EEUU y el estado del entorno energético internacional. La coyuntura representada por las deficiencias de suministro eléctrico en California y los altos precios de la gasolina durante el primer semestre del año 2001, solamente fueron hechos catalizadores de acciones que Bush traía preconcebidas antes de acceder a la presidencia: establecer un programa energético nacional en función de los intereses estadounidenses y empresariales. Cabe destacar que entre las recomendaciones del Plan Energético de junio del año 2001, está la flexibilización de la política exterior de Washington, con relación a Irán y Rusia, para lograr la construcción de oleoductos a menores costos para la exportación del petróleo y el gas del Caspio. Para ese momento, remover a los Talibán de Afganistán parecía remoto.

Asimismo el gobierno de Bush está consciente que la producción mundial de petróleo -crudos livianos y medianos- está cayendo y pronto entrará en una espiral descendente que dentro de unos 20 años podría poner en situación de crisis la oferta petrolera mundial. Pese a la coyuntura actual de descenso significativo de la demanda por la recesión económica estadounidense y global, la demanda energética

mundial, especialmente la de petróleo, no ha dejado de crecer sistemáticamente. Pese a que el gas natural ha visto incrementada su participación en la matriz energética internacional en la última década, las limitaciones de infraestructura e interconexión de los mercados gasíferos mundiales, atentan contra la posibilidad de que en el corto plazo se consolide como una alternativa contundente con relación al petróleo. La transición petróleo- gas pareciera estar operando -en parte por las presiones medioambientales- pero su ritmo pareciera estar por debajo de las expectativas.

Por otra lado, las energías alternativas o renovables y las tecnologías energéticas sólo pueden empezar a proporcionar una fracción muy pequeña de la base energética que ahora proporciona el petróleo (Golf, 2001). Esto hace que la naturaleza estratégica del petróleo se acentúe en los próximos años y que la consolidación de la hegemonía estadounidense en el Medio Oriente y Asia Central resulte de vital importancia para la supervivencia del imperio. Dentro de este mismo programa de aseguramiento del abastecimiento energético estadounidense y el de sus principales aliados comerciales -Europa, sudeste asiático, Japón- se encuentra la "colonización" de Rusia. Este país, no solamente posee importantes recursos energéticos no explotados, sino que todavía es -pese a su precariedad estructural- un actor sustantivo de naturaleza militar (nuclear) que aspira continuar como hegemón en Asia Central.

Con la desmembración del imperio soviético sobrevino la catástrofe económica en las recién independizadas ex repúblicas musulmanas de Asia Central. La mayor parte del soporte de las economías de esos países estaba sustentada por las transferencias de recursos desde Moscú y por el subsidiado comercio intrasoviético. La precariedad económica en la cual quedaron la totalidad de las repúblicas de la ex unión, incluyendo a Rusia, hizo significativa la importancia de las reservas hidrocarburíferas de los nuevos países a Asia Central. Las reservas hidrocarburíferas del Mar Caspio y alrededores fueron marginalmente atendidas por Moscú durante toda su historia soviética. Los esfuerzos del Kremlin en materia de explotación petrolera y gasífera se centraron en Siberia y otras regiones del imperio.

Dada su liberación política de Moscú, repúblicas como las que rodean el Caspio -Azerbaiyán, Kazajstán, Turmenistán- vieron en sus recursos petroleros una vía para salir del aislamiento en el que habían estado durante décadas. Asimismo era una forma de hacer reflotar sus economías y consolidar la separación de Moscú. Hasta entonces, toda su infraestructura energética y sus vías de comunicación apuntaban hacia Rusia. Desde hacía unas siete décadas, el Asia Central estaba literalmente aislada del conjunto regional que en el pasado representaba su relación cultural con países del sur de Asia como Afganistán, Irán, Pakistán o la India. Por todo lo antes señalado, era imperiosa la necesidad de desarrollar los gasductos y oleoductos que permitieran la salida de los recursos del Caspio por vías distintas a la red rusa.

Las reservas de hidrocarburos del Mar Caspio han sido objeto de sobreatención y especulaciones en la última década del siglo XX. Su potencial global ha sido presumido en unos 200 mil millones de barriles. A algunos países ribereños como Kazajstán, se le estiman unos 85 millardos de barriles en reservas probables, mientras que se tiene la certeza sobre unos diez mil. Es considerado como el país de la región con más potencial. En otro caso, algo más singular, como el de Turkmenistán se piensa en unos 32 millardos de reservas probables, mientras se tiene la seguridad sobre 1 millardo y medio en la actualidad. No obstante, el entorno del Mar Caspio también resulta de interés en materia energética. Uzbekistán, por ejemplo, tiene unas reservas probables de 110 billones de pies cúbicos (bpc), mientras Turkmenistán, quien ocupa el undécimo lugar en reservas mundiales de gas natural, posee 159 bpc de reservas posibles. Otros países de la zona como Tayikistán y Kirguistán, los cuales también detentan sustanciales recursos energéticos, incrementan la importancia estratégica de la zona y su atractivo económico perfilándola, de materializarse una explotación plena de sus recursos, en una seria competidora de la actividad extractiva en el Medio Oriente. (González Silva, 2000).

En el Mar Caspio, sobre el cual todavía pesa una importante controversia entre sus países ribereños por el asunto del estatus jurídico de esa importantísima masa de agua, se pronostica un aumento de unos 500 mil barriles diarios en el año 2010, en comparación con los producidos el año 2000 –en el campo de Tengiz en Kasakstán. Tomando en cuenta el reciente descubrimiento de Kashangán, este país podría estar produciendo hasta 2 millones de barriles diarios en el año 2010, comparado con los 700 mil del año pasado. Las reservas probadas de Kashangán, han sido estimadas ahora en 10 mil millones de barriles. Por otra parte se estima que Rusia, la potencia regional, posee reservas en la región por el orden de los 12 mil millones de barriles, mientras que Irán, país que juega al contrapeso por un lado y, por otro, a la cooperación con Moscú, posee unos 5 millardos de barriles.

Es así como, desde la ya señalada desarticulación de la Unión Soviética, la cual permitió la independencia de las repúblicas musulmanas de Asia Central, las distintas administraciones estadounidenses han hecho ingentes esfuerzos para que las compañías petroleras de su país participen en la explotación de los grandes recursos petroleros y gasíferos del Mar Caspio y adyacencias.

En efecto, desde diciembre de 1991 las ex repúblicas musulmanas soviéticas son independientes y casi inmediatamente comenzaron los cortejos por parte de las corporaciones petroleras estadounidenses, con el respaldo de Washington, para intentar acceder a las reservas hidrocarburíferas de la región. Inicialmente entusiasmadas con las posibilidades de participación en actividades de explotación en los territorios rusos de Siberia Occidental (1991-1992), las transnacionales estadounidenses volcaron el grueso de su atención sobre Kazajstán, entre 1999-

1994; luego sobre Azerbaiyán entre 1995 y 1997, y, finalmente sobre Turkmenistán, entre 1997 y 1999. Desde el año de 1995 y hasta 1998 hubo un sustantivo interés por parte de la compañía americana UNOCAL sobre las reservas gasíferas de Turkmenistán y sobre el territorio afgano. El proyecto de UNOCAL era construir una tubería desde el campo petrolífero turcomano de Daulatabad hasta Pakistán, a través de Afganistán. Este gasducto permitiría suplir los mercados de Pakistán, India y Sudeste Asiático, entre otros.

La idea original de esta ruta es de la compañía argentina Bidas, la cual había sido la primera en negociar su realización con el gobierno del presidente turcomano Niyazov, en 1991. Para enero de 1992 la corporación argentina había obtenido una concesión del gobierno de Turkmenistán para explotar el yacimiento petrolífero de Yashlar, al este del país, cerca de la frontera afgana y al nordeste del enorme yacimiento de Daulatabad. Para el año siguiente, Bidas se alzo con una nueva concesión: el yacimiento petrolífero de Keimir, al oeste del país y cercano al Mar Caspio. No obstante, el interés del presidente turcomano de obtener apoyo del gobierno estadounidense para el desarrollo de la economía de su país llevó a congraciarse con éste, concediéndole el contrato para la construcción de la ruta a la UNOCAL en 1995. Esto, aún cuando prácticamente había cerrado la contratación con Bidas. Lo que siguió después fue un largo corolario de contradicciones entre Bidas y el gobierno turcomano, así como las que debió enfrentar UNOCAL con el gobierno de los Talibán para que éstos aceptaran el desarrollo del tramo del gasducto que pasaría por tierras afganas. Las aspiraciones de UNOCAL quedaron truncadas –toda vez que con el apoyo de la CIA obtuvo el apoyo Talibán– cuando se atribuyó a Osama Bin Laden los atentados a las embajadas estadounidenses de Kenia y Tanzania en el año de 1998, y se determinó que éste era protegido por el régimen de Kandahar-Kabul.

El “entendimiento” actual al cual ha llegado Washington con Turkmenistán, país ribereño del Mar Caspio, y con Pakistán abre la posibilidad de que importantes tuberías (oleoductos) desemboquen en la ruta marítima océano Mar Arabigo-Océano Indico- Océano Atlántico sin necesidad de cruzar por Irán ni, por supuesto, Rusia.

Las aspiraciones de Washington, una vez controlada en su totalidad la situación de conflicto en Afganistán y asentado el nuevo régimen de Kabul, es la de coadyuvar a la consolidación de la paz en ese país y la estabilidad del mismo. Este nuevo clima de “certidumbre” favorecería, finalmente, la posibilidad de construir las tuberías a través de Afganistán y Pakistán, algo que este último apoya firmemente. Pakistán verá considerablemente mermadas en el mediano plazo sus reservas de gas, las cuales se enfrenta a un crecimiento sostenido de la demanda. La participación del gas en la matriz energética pakistani ronda alrededor del 30%. Por otro lado, Pakistán se convertiría en un centro de acopio de hidrocarburos para su exportación a los

mercados internacionales. Ello le reportaría al país, además de importancia estratégica e ingentes ingresos económicos, una posición más sólida ante la India.

En lo que a los EEUU se refiere, éste podría haber en tomado en cuenta las repercusiones de su actitud en 1989, toda vez que el agonizante régimen soviético se retiró militarmente de Afganistán a finales de 1989. Una vez conjurada una de las aristas de la amenaza que Moscú representaba para la hegemonía estadounidense en Oriente Medio, Washington no solamente retiró su apoyo financiero –a través de la CIA, Pakistán y Arabia Saudí– a los Muyahidín afganos que luchaban contra la Unión Soviética, sino que también cerró las posibilidades de contribuir –política, financieramente– con la reestructuración de la sociedad afgana. Esto tuvo, entre sus principales consecuencias, la eclosión de conflictos tribales represados por casi 10 años de confrontación con Moscú.

Otra de las grandes consecuencias fue el estímulo a la expansión del fundamentalismo islámico, el cual tuvo su máxima expresión en el surgimiento de los Talibán y en la consolidación de un régimen de facto. Así como también en el crecimiento del contrabando de bienes y el tráfico de drogas en Asia Central y en la posibilidad de que la inestabilidad afgana se contagiara al resto de los países musulmanes de la región y a actores sensibles al tema como China. A Pekín también le interesa la estabilidad en Afganistán y Asia Central. China comparte fronteras con tres de las repúblicas musulmanas ex soviéticas y alberga en su provincia musulmana de Xinjiang a los mismos grupos étnicos de Asia Central, unos 25.000 uzbekos entre ellos. Se calcula en 25 millones la totalidad de musulmanes en ese país.

Afganistán mismo, manzana de la discordia en semejante entuerto de intereses, también se vería ampliamente beneficiado de una paz duradera y de una concentración de sus diversos grupos étnicos con interpretaciones diversas encontradas del Islam. Las limitaciones y condicionamientos impuestos por el hecho geográfico, las seculares confrontaciones tribales y la histórica injerencia extranjera –signada por intereses antagónicos– han impedido la explotación y desarrollo de los también significativos recursos naturales que posee Afganistán. Pese a la incertidumbre geológica que todavía existe sobre este país, se consideran importantes, según estimaciones, los recursos mineros del país.

En el Herat –provincia occidental– se han localizado yacimientos de petróleo, lo cuales esperan por prospecciones y explotación conveniente; en el Hindu Kush, se hallan minas de carbón; atomizadas en el territorio afgano se encuentran minas de hierro, zinc, plomo y cobre. En la alta montaña del Badakhasan, se extraen piedras preciosas como lapislázuli, rubíes y amatistas. Afganistán por sí mismo posee atractivos como para entrar en una “ecuación” de intereses económicos.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

---

- Ahmed Rashid (2001). *Los Talibán*. Barcelona, Península Atalaya.
- Daniel Yerguin (1992). *La Historia del Petróleo*. Buenos Aires, Vergara.
- Geographica, el hombre y la tierra* (1976). Tomos V y VI. Barcelona, Plaza & Janes, S.A.
- Asimov Isaac (1991). *Cronología del mundo*, Ariel Ciencia.
- Chomsky Noam (1998) *Autodeterminación y nuevo orden, los casos de Timor y Palestina*. Txalaparta, Tafalla.
- Huntington Samuel (1996). *Choque de Civilizaciones*, Barcelona.
- González Milko Luis (2001). Mar Caspio ¿Región sustituta del Medio Oriente? En: *Petróleo YV*. mayo-julio 2001
- Frontado Teresa (2002). La paz también se expresa en barriles. En: *El Nacional*, 6-01-2002, A-7.
- Stan Golf (2001). "11 de septiembre". En: <http://www.narconews.com>.